

"Mexicanos, volad presurosos"

La Virgen de Guadalupe y el arte popular

Y no saben que el Misterio sintetiza . . .

—César Vallejo

Rumbo a la Basílica

El peregrino, con los brazos en cruz avanza de rodillas al santuario. El camino es penoso, las rodillas sangran, cada movimiento le parece un lento desfile por el estu-
por y la pena, los hijos y la esposa se apresuran y le colocan mantas para atenuar el dolor. No ha cometido pecado, ni tiene crímenes que expiar, sólo la promesa a la Virgen de que iría de hinojos al santuario si le salvaba a la hija enferma. La hija sanó y él es hombre de palabra. "Te estoy cumpliendo, Madrecita, aunque ya no soporto mi cuerpo, ni mis manos, ni mis piernas, ni mi sed, ni esta sensación terrible de haberme vuelto una sola llaga, la herida que te ofrezco

para darte las gracias. Ayúdame, Morenita, ya nada más faltan cuatro cuadras para llegar a ti".

El río humano prosigue, convencido de su tarea única: la ofrenda mística, el dejar por unas horas de ser personas que van y vienen sin ocuparse de su Creador para ser otros, distintos, piadosos, que hallan gracia a los ojos de la Virgen en su día, el 12 de diciembre. A los lados de la peregrinación parecen brotar los puestos de comida, de discos y cassettes, de reproducciones de la Virgen (cromolitografías, objetos de madera y de plástico, hologramas, trucos ópticos), de camisetas con el estampado guadalupano, de gorras. La industria del fervor aguarda a los caminantes del Tepeyac.

"Estrella reluciente, flor del alba"

Desde la instauración de su leyenda o de su realidad devocional, la Virgen de Guadalupe es un hecho religioso y un proyecto de nación a partir de las imágenes. Si hay un principio, puede ser éste: los españoles requieren de un símbolo que acerque a los nativos a la fe y, milagrosa o propiciada, la Virgen de Guadalupe le infunde a la evangelización la credibilidad de lo absolutamente nuevo. "Nunca la habíamos visto y no usa de la espada, luego es auténtica", es tal vez la reflexión de la colectividad sometida. La sorpresa y la humildad de Juan Diego el indio elegido para la revelación, la metamorfosis de las rosas en el ayate, el fulgor que anuncia la Creación de la Estrella, el cerro del Tepeyac, son elementos de la parábola o de la fábula de la aparición que profundizan la conversión masiva al catolicismo.

Antes de que el culto guadalupano se expanda, los indígenas, habitantes de otra cultura, así las acepten no encuentran persuasivas ni la idea de la Religión Única ni la intimidación del arte. Reconocen lo irrefutable del dogma conducidos por la intimidación de las armas, la esclavitud, las plagas, los castigos, el aprendizaje forzado y fracturado de otra lengua, el arrasamiento de su mundo,

el oprobio de la derrota. Y en el proceso, la Guadalupeana es fundamental al ser la vía de acceso a la mística colectiva, el oído y la mirada comprensivos de las fuerzas superiores, el presagio de la identidad nacional, la visión dulcificada de la Conquista, el alivio de la orfandad.

En el siglo XVII, el primer siglo ya cabalmente guadalupano, la Morenita del Tepeyac es el espacio del catolicismo reservado para los naturales, la senda nativa de las creencias. Si entonces lo verdadero es lo que no admite alternativas, se adora a la imagen porque es verdadera y, valor agregado, porque es nada más nuestra. Los cristos llagados y torturados podrían ser de cualquier lugar del mundo, la Guadalupeana es solamente de México, y para apuntalar tal mérito, el clero le añade un lema. Según la tradición, el jesuita Juan Francisco López le entrega en Roma al papa Benedicto XIV una copia del cuadro de la Guadalupeana de Miguel Cabrera, y le dice: "Beatísimo padre, he aquí a la Madre de Dios, que se digna también ser la madre de los mexicanos". Al ver el óleo, el Papa se prosterna y exclama: "*Non facit taliter omni nationi*", una variante del salmo 147, cuando el salmista le canta a Jehová o Yahvé: "No ha hecho esto con toda la gente".

La imagen reivindica la condición espiritual de millones de seres oprimidos por la esclavitud y el terror ante lo que no entienden. Perseguidos, sujetos a la crueldad extrema de los conquistadores, inmersos en la destrucción y la creación de tradiciones, los indios de México vislumbran la teología gracias al sonido de los rezos, a las penumbras iluminadas del culto y al horizonte de velas y cirios que salvan a cristos y santos y vírgenes de la oscuridad. "Dios te salve María, el Señor es contigo". El ritmo hipnótico de sermones y rosarios prepara el ánimo para la contemplación de la Guadalupeana.

Según Francisco de la Maza en su extraordinaria investigación *El guadalupanismo mexicano* (1953), "el guadalupanismo y el arte barroco son las únicas creaciones auténticas del pasado mexicano,

diferenciales de España y del mundo. Son el espejo que fabricaron los hombres de la Colonia para mirarse y descubrirse a sí mismos".

No es arbitrario decir que representar a la Guadalupeana es, en la Nueva España, una gran escuela de arte. Hay Morenitas del Tepeyac en marfil, en madera policromada, en retablos, en altares, en óleos sobre tela, en impresiones coloreadas de grabado en metal, en altorrelieves en las fachadas de las iglesias, en óleos sobre lámina de cobre, en estandartes, en grabados, en enconchados, en relieves de plata, en cobre dorado a fuego, en arte plumario, en hilo pegado y óleo, en yeso, en pinturas sobre tabla, en escultura en mármol, en hornacinas, en relieves sobre puertas . . . Un porcentaje considerable de estos trabajos es de muy alta calidad, que salva al tema de su carácter obligatorio. Si bien es preciso reproducir a la Virgen de Guadalupe para evangelizar y arraigar la fe, la búsqueda de singularidad artística se da con éxito probado al situar la imagen en contextos muy variados, presentándola con maestría.

Cuando se adentra profundamente, la creencia popular es el mayor y más irrefutable de los milagros. El fervor guadalupano prodiga limosnas, capillas, ermitas, copias ejecutadas con asombro, plegarias en donde se ejerce el idioma recién aprendido, ofrendas de comida, peregrinaciones, rezos que de tanto repetirse resultan originales, idas constantes a misa, remembranzas de Tonantzin, Nuestra Madre. "Tiernos en la fe", los indios se someten a la teología consistente en cuatro o cinco imágenes, y de ellas la más poderosa, la Morenita, es la mujer del fin y del principio del mundo.

La inutilidad del desmentido

El culto guadalupano se inicia como revelación y a sus fieles los provee de tal éxtasis, que no requiere de razonamiento adjunto, sólo de más revelaciones. En un principio, algunos eclesiásticos critican el fenómeno, con razones determinadas por el racismo y la obediencia al repertorio tradicional de vírgenes. En 1553, refiere De la Maza, el

franciscano Francisco Bustamante, en presencia del virrey don Luis de Velasco y de la Real Audiencia, se pronuncia contra las celebraciones religiosas del Tepeyac. Al fraile "le parecía que la devoción que esta ciudad ha tomado en una ermita en casa de Nuestra Señora que han intitulado de Guadalupe, es en gran perjuicio de los naturales porque les da a entender que hace milagros aquella imagen que pintó el indio Marcos . . . que decirles (a los indios) que una imagen que pintó un indio hace milagros, sería gran confusión y deshacer lo bueno que estaba plantado, porque otras devociones que había, como Nuestra Señora de Loreto y otras, tenían grandes principios y que ésta se levantase tan sin fundamento, estaba admirado . . ."

Desde el siglo XVI la iglesia católica procura desentenderse de lo inevitable, de lo que después se llamará sincretismo, la mezcla de cultos católicos y devociones prehispánicas, algo consubstancial a la implantación del culto de la Guadalupeana. Fray Bernardino de Sahagún describe el santuario en el Tepeyac, y agrega: "Los predicadores . . . a nuestra Señora la Madre de Dios, llaman Tonantzin", y en una de sus cartas de fines del siglo XVII, Fray Servando Teresa de Mier escribe:

Los indios, como consta de Torquemada, contaban continuas apariciones de sus dioses; y dice que de la Tonantzin, a la cual se sustituyó la Guadalupeana, referían que se aparecía muchas veces, especialmente poco ante de la conquista, en figura de jovencita, con su túnica blanca ceñida, aunque siempre a uno solo, y le revelaba cosas secretas. Y después de la conquista (dice Cabrera, *Escudo de armas de México*) contaban los indios que se le veía en figura de indita, vestida de azul, andar lamentando por el montealloy de Guadalupe la ruina de su templo, hecha por los españoles cuando el cerco de México; lo que es verdad según Torquemada . . .

Las refutaciones del Misterio Bendito del Tepeyac, se dan en medio de la explosión demográfica de hechos sobrenaturales, enfer-

medades del castigo divino, recuperaciones inexplicables de la salud, castigo celestial a los malvados, diluvio de malos agüeros, terror ante el mal de ojo, y esfuerzos milagrosos de la Corte Celestial (apariciones o bendiciones de, entre muchos otros, San Juan de los Lagos, la Virgen de Zapopán, el Santo Niño de Atocha, el Señor de Chalco). Ante esta magia de resultados psíquicos tan benéficos, no tiene mucho sentido oponer relatos fidedignos, y fallan o no son percibidas siquiera las críticas y las incredulidades. De nada valen investigaciones y denuncias ante un culto extendido con ímpetu, como precisa la copla popular:

María, todo es María.
María, todo es por Vos,
toda la noche y el día
se me van pensando en Vos.

El milagro de las rosas, lo que Carlos Sigüenza y Góngora llamó "La Primavera Portátil", vive desde fines del siglo XVI su apogeo.

"A esta devoción acude toda la tierra"

Además de un rito de multitudes, familias y personas, y de ser el recinto espiritual habilitado para el dolor y el desamparo, la Guadalupeana es el espacio temático de fundación del arte popular de México. En una nación que empieza a partir de la Conquista y la evangelización cristiana, no se admite el acercamiento a las representaciones de lo sagrado con ojos de admiración terrenal, y no se concibe tal cosa como un "arte popular". Pero es tal el poderío de la imagen de la Virgen, que por su cuenta produce algo similar a la "teología india", el vertedero reverencial de textos memorizados y fábulas que le traduce a culturas aplastadas el sentido de la religiosidad. "Apareció entre unos riscos y a esta devoción acude toda la tierra". Y, según cita De la Maza, en 1777 el bachiller poblano Juan

de Viera se ufana con doble o triple chovinismo: "Esta Divina Herмосura sola es bastante para que se tenga a la América por la mayor parte del mundo, y a ti sola, Ciudad de México, por la mayor del Orbe".

El culto creciente a la Guadalupana engendra una iconografía desbordante en lujos y en portentos imaginativos. Al ser la imagen más repetida en la historia de México, la Reina del Cielo convierte a su ubicuidad en el gran signo de lo nacional. Virgen a la medida exacta de las necesidades de su pueblo, la Guadalupana es —real y mitológicamente— el origen y la tierra firme de la religión nativa, que combina el rito y los textos católicos con la memoria viva de los dioses del México antiguo. Por un lado, la dureza del catolicismo hispánico, el énfasis sangrante de los cristos, el aspecto maya o azteca de un buen número de santos, la crueldad que hermana a Huitzilopochtli y Luzbel. Por otro, gracias al arte, y a las concesiones a lo popular, que el clero jamás juzgaría arte, el dogma sale de los templos y entra a raudales en la vida cotidiana. ¿A qué santo se encomienda el mexicano que sobrevive penosamente? Al santo, al cristo o la Virgen que le ofrezca ese don, la espiritualidad en la desolación, que es para los creyentes un anticipo del cielo. El sufrimiento, la cuota para entrar al paraíso.

En los siglos XVIII y XIX la poesía mística y el canto congregacional localizan en la Morenita del Tepeyac a su gran fuente de inspiración. No hay sacerdote de aldea que se prive de un poema de alabanza y abundan los cánticos indígenas y mestizos. Que a nadie se le olvide lo inolvidable: la Virgen es la forma autóctona de la divinidad, y la alianza de lo comunitario y lo místico transforma en lazos de fe y de nación a versos primerizos y lamentos melódicos. Y es el conjunto de estas prácticas y creencias lo que "nacionaliza" a la Santa Doctrina. Recuérdese que sólo a partir de 1540 se inicia en la Nueva España la práctica de los sacramentos (confesión, comunión, extremaunción), negados antes a los indígenas por no considerarlos la iglesia católica seres con alma.

"Del pendón de la Virgen en pos"

La Virgen de Guadalupe es también, y muy concentradamente, historia patria. En 1810, al emprender su guerra independentista, el sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla en su paso por Atotonilco, toma de la sacristía del templo el estandarte de la Doncella del Tepeyac, convertido al instante en lábaro insurgente. Los que se adhieren a la causa levantan en sus picas o fijan en sus sombreros la estampa guadalupana. Hidalgo incluso es precursor del *T-shirt*, y trae una imagen de la Virgen cosida a su ropa. Al hacerlo, no sólo se pone bajo la advocación del Cielo, sino del Cielo Nacional, y demuestra su entendimiento del sentido de continuidad del pueblo. Al convertir a la Virgen en patrona de su ejército, Hidalgo la militariza según la costumbre, y desde ese momento liga profundamente la estampa sacra con la historia de la nación independiente, y, de paso, inicia la "secularización" de la imagen, ya nunca más estrictamente religiosa (si alguna vez lo fue de manera exclusiva.) Más tarde, José María Morelos le proclama Emperadora Guadalupana, Agustín de Iturbide, el primer (patético) emperador crea la orden de Guadalupe, y el primer Presidente de la República cambia su aburrido nombre (José Miguel Fernández Félix), por el más resonante y simbólico de Guadalupe Victoria.

No hay forma que el guadalupanismo sature a México, porque el país no podría desprenderse de ese primer espejo monumental que es la imagen más divulgada y generosa, el reconocimiento enfático de que esta vida es prólogo de la existencia superior, la señal de que la Virgen no sólo sabe español sino todas las otras lenguas de México. En una sociedad aferrada a los símbolos, atrapada en las alegorías que son el primer lazo de unión, la Morenita del Tepeyac hace las veces de lingua franca. El multidictador Antonio López de Santa Anna y el emperador importado de Austria (Maximiliano de Habsburgo) mantienen la Orden de Guadalupe. Los liberales la defienden y la reclaman suya. El poeta y político Guillermo Prieto le escribe:

Piedad para tus hijos. ¡Madre amante!
 Ampara a nuestra patria, que rendida,
 clama paz con acento agonizante,
 y tú, la excelsa, la de luz vestida,
 alza, oh Madre de Dios, alza triunfante
 la causa de los libres, tan querida.

Sin embargo, ya en 1860 ó 1870, la Guadalupana no es sólo una imagen religiosa sino, ya parte básica de la vida mexicana, también es Figura cercanísima, la actuación de lo divino en lo terrenal. Un Cristo es siempre, plenamente religioso, y por así decirlo se aísla en su cruz. Pero las efigies de la Virgen por devocionales que sean pertenecen al paisaje de todos los días, a los cafés y las fondas, los prostíbulos y las oficinas de gobierno, las casas y las posadas del camino, las plazas de los pueblos y los albergues de la montaña, los mercados y los comercios. Formado en la industria guadalupana, el pueblo requiere de compartir con la Santa Madre Iglesia la propiedad espiritual y psicológica de la Guadalupana. A lo largo del siglo XIX, entre batallas por la libertad de conciencia y la libertad de cultos, la Virgen Morena es obligación religiosa, patriótica, comunitaria, familiar y personal. Por eso, el liberal Ignacio Manuel Altamirano exalta "la igualdad ante la Virgen" como el vínculo que "en los casos desesperados" une a los mexicanos. De diversas maneras se afirma: ya se puede creer en lo que se quiera, pero un mexicano no se apartará de la Virgencita, porque no sólo es asunto de fe sino —muy en el centro— del paisaje simbólico y del horizonte popular.

Con frecuencia obra de autores anónimos, el arte y las artesanías guadalupanas ratifica lo muy notorio: uno de los mayores milagros de la Virgen es su carácter contiguo, está en los templos y fuera de ellos, se deja ver por doquier, no desampara porque no se aleja. La intermediación con Dios es tanto más grande cuanto que es una mujer, generosa y solícita como las de su género, la que se encarga de transmitirle al Creador o de remediar ella misma aflicciones y

necesidades. Y si en el siglo XIX se subraya cada vez más lo nacional de la Reina Morena, se debe a que es también el puente entre lo exclusivamente religioso y lo básicamente social, entre la Fe y la Historia. Si las peregrinaciones y las festividades del 12 de diciembre son corrientes místicas, la masificación de la imagen subraya el fin de un monopolio, el del control de la piedad. Pierde fuerza el confesionario, gana terreno el trato directísimo con la Virgen.

Al "calendario emocional" de México se agrega una fecha: el 12 de octubre de 1895, con autorización del papa León XIII, se le ciñe una corona de oro a la Madre de México, la Fuente de la Alegría (y de la Alegoría). De rodillas, el pueblo la venera en las calles, en un acto donde el afán teocrático triunfa por esta vez sobre la combinación de religiosidad y vida secular.

*"Somos cristianos y somos mexicanos/
 Guerra, guerra contra Lucifer"*

En 1910 estalla la Revolución Mexicana y poco después se derrumba la dictadura de Porfirio Díaz. Los ejércitos campesinos del Sur que encabeza Emiliano Zapata son muy guadalupanos. ¿Cómo no serlo si en la religiosidad popular la Virgen es el emblema máximo, la interlocutora principal, la garantía de pertenencia doble: a la Religión y a la Nación? Al llegar los zapatistas a la ciudad de México acuden a la Basílica de Guadalupe. ¿Adónde más querrían y podrían ir los campesinos en harapos que localizan su gran propiedad emotiva en la imagen, y que han crecido venerándola en mil formas?

La Constitución de la República de 1917 ratifica la libertad de creencias de un modo enfático. Para su desarrollo, México requiere de la condición laica, a lo que el clero católico se opone con furia auspiciando la guerra campesina conocida como la Cristiada (1926-1929). Según "los soldados de Dios", Cristo Rey y la Guadalupana bendicen torturas, linchamientos, violaciones, fusilamientos,

asesinatos a machetazos, muertes por horca, empalamientos, desollamientos. Desde el fin de la Guerra Cristera, la Venerable Efigie se utiliza más esporádicamente en actos de intolerancia contra los masones, los comunistas y, más específicamente, los disidentes religiosos. Así por ejemplo, la figura de la Morenita acompaña a la quema de templos evangélicos, el asesinato de pastores, y la expulsión de herejes de las comunidades, y es la imagen en el letrero que aleja sin remedio a los heréticos: "En esta casa somos católicos y no aceptamos propaganda protestante".

En 1931 se celebra el cuarto centenario de la Aparición. Del culto en la casa con adobes y ramas que fue —según la piadosa leyenda— la primera ermita erigida entre 1531 y 1532, se da paso en la Basílica de Guadalupe a ceremonias de enorme fastuosidad. El clero procura recuperarse de la derrota de los cristeros y subraya la importancia del catolicismo, entonces absolutamente mayoritario. En el acto litúrgico, un escritor muy cursi lee su poema: "... ¡Y el águila de Anáhuac altanera/Llevará por doquiera/La fama de tu nombre y nuestra gloria!", y hay todavía, aunque con menos convicción y destreza que en otros siglos, "misas solemnes, sermones panegíricos, composiciones retóricas, sagrados coloquios y otros conciertos de suaves y armoniosas consonancias". El pueblo canta:

Buenos días, Paloma Blanca
Hoy te vengo a saludar.

Progresivamente, el argumento en contra de la libertad de creencias es "la traición a la Guadalupeana". El mexicano no puede ni debe abandonar a su Madre. Y esto se corresponde con una etapa de gran auge de la cultura popular urbana, alimentada por el cine, la radio, la industria del disco, el teatro frívolo, la canción ranchera, el nacionalismo. En la mayoría de las películas, la Morenita del Tepeyac aparece para enfatizar las tradiciones, acentuar el chantaje melodramático, evitar climas absolutamente seculares, y darle

oportunidad a la estética del bien. Durante la Segunda Guerra Mundial, en donde México prácticamente no interviene, se pone de moda una canción: "Que me cuide la Virgen Morena, que me cuide y me deje pelear". Si bien no son significativos los *films* que tratan directamente el tema de la Guadalupeana (con títulos un tanto previsibles: *La Virgen que forjó una patria*. *La Virgen del Tepeyac*), lo determinante es la inclusión de la Guadalupeana como elemento a la vez religioso y melodramático. El *close-up* de la Virgen siempre antecede a la confesión desgarrada del pecado, al poderío indetenible de la tragedia. Película tras película, la Virgen preside ámbitos de infelicidad y dolor. Mientras en la canción popular se alcanza la blasfemia sin que nadie se dé por enterado. En "Como México no hay dos", su himno chovinista, el compositor Pepe Guízar se da el lujo del disparate teológico que es recibido con beneplácito:

Y aquí la Virgen María
juró que estaría,
juró que estaría
mucho mejor.
Mejor que con Dios
Dijo que estaría,
Y no lo diría
Nomás por hablar . . .

En el Tepeyac, la Virgen se siente más a gusto que en el cielo, y eso complace al nacionalismo espiritual, si tal cosa existe. Y las canciones, los corridos, las serenatas a la Guadalupeana, son parte de una industria cada vez más ramificada, en donde la popularidad extrema propicia las mutaciones infinitas, desde la *Guadalupe-Marvel Woman* de una artista chicana a las esculturas semiabstractas. A fines de 1987 una gran exposición en el Centro Cultural de Arte Contemporáneo (*Imágenes guadalupanas: cuatro siglos*) evidencia la dimensión pop del mito y del hecho religioso. Sin obje-

ciones de la iglesia católica, la exposición ratifica la condición de testigo omnímodo de la Guadalupeana, al lado de ídolos del espectáculo, rodeada de figuras de la lucha libre, en los alrededores de una pareja gay, en las fotos donde los jóvenes la ostentan en sus tatuajes. En una pieza singular, *Proyecto para la bandera de una colonia mexicana*, Adolfo Patiño presenta tres imágenes de la Virgen sustituyendo a las estrellas en la bandera norteamericana.

Cierto, en México las innovaciones tienen un límite preciso. El cuadro de Guadalupe-*Marvel Woman* no se podría exhibir ni reproducir en portada alguna, y en dos actos de intolerancia se vigorizan las prohibiciones. En febrero de 1988, el artista Rolando de la Rosa, que intenta describir críticamente la americanización de México, presenta en el Museo de Arte Moderno un cuadro donde el rostro de la Guadalupeana ha sido suplantado por el de Marilyn Monroe. La derecha se moviliza un grupo toma el Museo e intenta descolgar y destruir el cuadro, y el Arzobispo Primado de México convoca a una marcha de desagravio de un millón de personas. Se les olvida ir a 950 mil, pero el escándalo es cuantioso.

El segundo episodio es el de la obra de teatro de Oscar Liera, *Cúcara Mácara*, donde hay alusiones "blasfemas" a la Morenita del Tepeyac. A mitad de la obra un grupo de jóvenes ultraderechistas se trepa al escenario, golpea salvajemente a los actores (uno queda paralítico de por vida) y se alejan rezando en voz alta. El mensaje no admite dudas: en México la "blasfemia" se castiga cruelmente. No obstante eso, en el arte popular la Guadalupeana continúa siendo objeto de metamorfosis sucesivas, algunas de ellas de excelente calidad. Y las aproximaciones teológicas también varían. En 1737 la Virgen fue proclamada Patrona de la Ciudad de México, y en 1746 del reino de la Nueva España. En 1979, el papa Juan Pablo II afirma en su visita a México: "María es la nueva Eva, que Dios pone ante el nuevo Adán-Cristo".

El país es definitivamente laico y por lo menos el 20 por ciento de los mexicanos ya no es católico (Esto, para no mencionar el alto

índice de "ateos funcionales", según el criterio de los obispos católicos). Pero nada afecta el desarrollo del culto, ni de la industria guadalupanos. La imagen más potente en la historia de México, es también el gran símbolo de la protección ultraterrena a quienes viven en la pobreza y la miseria. Lo popular, en el caso de la mayoría de los fieles, es señal de escasez y desamparo y eso obliga en cada generación a que, con otras palabras, se repita el mensaje del poeta del siglo XVII, convencido de la identificación entre la Morenita y la esperanza:

para rendiros las gracias
por tantas mercedes hechas,
en medio de penas tantas,
a México, Patria nuestra,
cuyas esperanzas tristes
solo con Vos se consuelan
pues con vuestro Hijo sois
la más cierta medianera.